



LA SEMANA
DE ROMÁN
REVUELTAS

¿Un discurso para los sordos?

Están convencidos, además, de que el opositorismo a ultranza (dicho en otras palabras, la estrategia de ponerle zancadillas todo el tiempo al presidente de la República) es la mejor estrategia para que sus partidos (causa suprema de sus acciones) mantengan el poder

Los decálogos me han parecido muy sospechosos desde siempre. Se promulgan a partir de una cifra —el diez— que no tiene por qué coincidir con el número de propuestas concretas para afrontar un problema real. Esto los vuelve fundamentalmente arbitrarios: si no se completa la decena de puntos hay que sacarse de la manga los restantes pero, por otro lado, puede ocurrir que el creador se exceda —digamos, que se le ocurran 13 remedios— y entonces es bien posible que tenga que dejar de lado ofertas muy convenientes y beneficiosas. Recuerdo una escena que te desternillabas de risa en una película de Mel Brooks: Moisés, cargando trabajosamente tres tablas con los Mandamientos, trepa a trompicones las laderas del Monte Sinaí y le anuncia muy solemnemente al pueblo de Israel: “¡Aquí tengo los quinc...! —en ese justo momento, se le cae una de las tablas— “eh... los... ¡Diez Mandamientos del Señor!”

Supongamos, sin embargo, que los diez puntos que propone el presidente Calderón, ni uno más ni uno menos, son los que hay que acometer para lograr el cambio que le urge a este país. Y, además, los humanos somos adoradores naturales de símbolos y ese reconfortante número redondo nos habrá de quedar muy grabado en el disco duro. La propuesta del primer mandatario sería, de tal manera, la última convocatoria de un estadista con una conciencia aguda de las cosas, el llamado urgente de un hombre político que no renuncia a sus

responsabilidades y, sobre todo, una especie de gran punto de inflexión en el aplazado proceso modernizador de México.

Ha sido, como bien dicen varios comentaristas, el mejor discurso de Calderón. Puede, sin embargo, quedarse en eso, en una simple alocución y una mera exhibición de oratoria. Y no sería la primera vez que hemos escuchado una soflama con tintes de grandiosidad aunque hay que reconocer, en esta ocasión, la ejemplar sobriedad del emisor: no hubo gestos de grandilocuencia ni ademanes excesivos. El presidente de México es un tipo serio que va a lo suyo. No es poca cosa, en estos tiempos de caudillos resucitados.

Justamente, lo más inquietante —luego de que hayamos presenciado la obligada adaptación del antiguo “Día del Presidente” que tan servilmente celebraban los priistas en sus tiempos dorados— es comprobar que, del otro lado y ahí donde debieran encontrarse sus interlocutores privilegiados, no existe necesariamente una voluntad de dar respuesta a los diez puntos. No hay signo anunciador alguno de que se puedan, ahora sí, realizar estas importantísimas reformas con la participación del Congreso. Es más, los propios panistas han dicho, bien alto y bien fuerte, que no apoyarán la propuesta del actual ministro de Hacienda para comenzar a aplicar el IVA a algunos alimentos y medicinas. Es el PRI, ahora, el que comienza a alarmarse de que su próximo presidente de la República reciba un país en quiebra. Por ahí, miren ustedes,

hay alguna esperanza.

El gran obstáculo para el cambio, sin embargo, es cultural. De tal manera, a cada uno de los diez puntos planteados por Calderón puede corresponder una andanada de impugnaciones derivadas de temas como los usos y costumbres, la especificidad irrenunciable de los mexicanos, los agravios históricos, la soberanía, el nacionalismo, los logros y conquistas de la Revolución Mexicana, la identidad nacional y cualquier pretexto que sirva para no hacer absolutamente nada. Ustedes habrán visto ya como los ciudadanos se oponen, por principio, a la realización de cualquier obra: no quieren puentes ni aeropuertos ni pasos a desnivel ni vías de ferrocarril (piden, inclusive, que se quiten los trazados que ya existen y que surcaban el terreno antes de que se edificara el barrio que atraviesan) ni centros comerciales ni plantas de tratamiento de aguas.

Calderón no habló de este oscuro impulso autodestructivo aunque no ignora, tal vez, que su expresión más visible —y, curiosamente, organizada— se ubica en la Cámara de Diputados. Nuestros representantes populares, señoras y señores, no vienen de Marte. Saben, por un lado, que su modelo de presuntas complacencias es muy rentable desde el punto de vista político (usado este término en el peor sentido de la palabra). Mientras no arremetan contra un orden establecido de prebendas y canonjías garantizadas a los grupos corporativos —esos, precisamente, que pueden bloquear las avenidas de las ciudades y paralizar sectores enteros de la economía— llevarán la

Continúa en siguiente hoja



fiesta en paz. Y están convencidos, además, de que el opositorismo a ultranza (dicho en otras palabras, la estrategia de ponerle zancadillas todo el tiempo al presidente de la República) es la mejor estrategia para que sus partidos (causa suprema de sus acciones) mantengan el poder. El llamado ya se hizo. Pero los de enfrente están muy sordos. ■■

revueltas@mac.com

**No hay signo
anunciador
alguno
de que se
puedan,
ahora sí,
realizar
estas impor-
tantísimas
reformas
con la
participación
del Congreso**

CLAUDIA GUADARRAMA

